padre lo envió á París á estudiar en casa de David. Alli se fastidiaba, pero aprendió los principios del arte. En fin, de vuelta á su país, la pasión de su infancia reanimóse y le absorbió por completo. Pasó años enteros lejos de su familia, vagando por las márgenes de los ríos, á orillas de los lagos, entre bosques inmensos, observando y dibujando siempre.

«Lector, dice, no era ningún deseo de gloria el que me conducía á este destierro. Anhelaba únicamente gazar de la naturaleza. Niño, hubiera querido poseerla por entero; hombre ya, la misma embriaguez, el propio deseo, anidaban en mi corazón. Nunca habria, entonces, concebido la esperanza de ser un día útil á mis sesemejantes. Buscaba tan sólo mi distracción y mi placer, »

En resumen, para ser un artista distinguido es necesario: 1.º Poseer por naturaleza, ya efecto de un caso fortuito, ya por herencia, la organización especial que determina la corriente sensitiva dominante y permite adquirir completa y rápidamente la educación artística más apropiada. 2.º Estar dotado de una viva impresionabilidad sensitiva y moral, pero capaz de guardar largo tiempo un recuerdo de la emoción experimentada, lo bastante fuerte aun para conmover.

El sexo femenino, sin embargo, ha suministrado un número de artístas notables mucho más reducido que el otro. Esto es debido á que para producir una gran obra de arte es menester un trabajo sostenido, una fuerza de atención rarísima en la mujer. La siguiente observación, verdadera en tiempo de Malebranche, lo es hoy todavía, y lo será, en general, mucho más tiempo aún: «Las mujeres no consideran sino la corteza de las cosas y su imaginación no tiene la fuerza, ni la extensión necesarias, para penetrar el fondo y comparar todas sus partes sin distraerse.»

CAPITULO IV

PASIONES CEREBRALES

1

Vamos á tender la pasión muerta y sin ornamentos sobre una árida y fría mesa de disección; trataremos, con el escalpelo en la mano, de aislar los elementos que la constituyen y determinan su papel; pintaremos el nacimiento, la transformación ó la muerte de este drama psicológico al que su carácter de fatal irresistibilidad ha hecho llamar con el significativo nombre de pasión.

Su carácter de espontaneidad indica suficientemente que en las propiedades pasivas del ser moral, es donde debemos buscar los fundamentos de la pasión. Hemos definido ya la pasión de un deseo violento y durable, y el deseo de una necesidad percibida, revelada por la impresionabilidad.

Toda necesidad natural ó artificial no satisfecha, produce una impresión desagradable de energía creciente, hasta el momento en que el hombre, cediendo al deseo de verse libre, concede á la necesidad el alimento que le solicita. Entonces, la impresión desagradable se transferma en otra de vivísimo placer, de la que el ser guarda memoria y desea renovarla. Si se trata de una necesidad nutritiva importante, la cual de no ser satisfecha pueda acarrear la muerte, el deseo apasionado, es decir, tenaz, no puede evidentemente dejar de manifestar se; pero en el caso contrario, si el hombre no quiere ó no puede obedecer al deseo, éste á menudo se desarrolla, crece sin cesar, domina todos los demás, ó más bien, los ahoga, y se convierte en pasión.

Entences, las facultades sojuzgadas obran únicamente

en su esfera de atracción. La voluntad (deseo deliberado), rebelde algunas veces al principio, se doblega luego dócilmente y se deja absorber por el deseo. La memoria no funciona sino para recordar al individuo el
placer deseado, si es que no lo ha experimentado ya;
en el caso contrario la imaginación se encarga de crear
una imagen siempre exagerada, fantástica algunas veces, y el ser fascinado, seducido, por esta engañosa
imagen, la contempla constantemente con un sentimiento
de voluptuosidad que, reaccionando sobre el deseo, le
vivifica todavía más. ¿Qué será la realidad, cuando su

Sola imagen es tan agradable?

Entonces, la inteligencia busca, encuentra, combina, los medios de alcanzar el fin tan ardientemente deseado; toda otra ocupación se le hace imposible. La vida es tan sélo una fiebre ardiente, con sus intermitencias y sus exacerbaciones. Una emoción sucede á la otra. ¡Cuánta alegría sentimos cuando realizándose todo, al parecer á medida de nuestro deseo, no tenemos más que tender la mano y apoderarnos del tesoro, sin el cual nos es imposible vivir! ¡Qué amargo dolor, cuando surgiendo de pronto un nuevo obstáculo, nos rechaza lejos, muy lejos, haciéndonos presa del desconsuelo y de la duda! Entonces se desea la muerte; á veces se busca en ella un refugio, ó bien por un nuevo y supremo esfuerzo nos precipitamos otra vez hacia el ídolo fugitivo.

Tenemos, pues, como elementos psíquicos de la pa-

1.º Una necesidad, con el deseo que la formula. 2.º La impresión de disgusto que acompaña á todo deseo no satisfecho.

3.º El recuerdo ó la imagen, muy á menudo infiel, del placer que acompañará la satisfacción de la ne-

4.º De este trabajo cerebral resulta una exaltación del deseo, el cual se convierte en imperioso é includible, y obliga, lo mismo á la inteligencia que á las demás facultades, á obedecerle y servirle.

H

La pasión puede compararse á una planta que para germinar, crecer y florecer, necesita un terreno especial, así como también ciertas y determinadas condiciones de insolación y aeración.

El hombre destinado á ser el juguete de fuertes pasienes morales, se distingue de los demás desde su infancia, por una viva impresionabilidad moral, por una imaginación ardiente, que algunas veces le lleva hasta la alucinación.

Los poetas, esto es, los verdaderos poetas, son los predestinados de la pasión. Grimm decía á menudo, y con muchísima justicia, que un poeta ó un hombre de genio, cualquiera que fuese su profesión, «debe tener un alma agitada, un espíritu violento.»

Byron es de la misma opinión. «Creo verdaderamente que todo el que tenga un temperamento poético, no podrá escapar á una fuerte pasión, de cualquier género que sea: es la poesía de la vida. ¿Qué habría yo conocido, ni escrito, si hubiera sido un tranquilo mercader, un político, ó un lord de la Cámara? Es necesario que un hombre viaje y se mezcle con las muchedumbres; de lo contrario no se vive.» (Carta á Moore.) A propósito de lo dicho por Grimm, añade: «Si esto fuese cierto. yo sería poeta, por ejemplo.» «La poesía, dice en otro lugar, es la expresión de la pasión excitada, siendo tan imposible una vida entera de pasión como un temblor de tierra perpetuo ó una fiebre eterna.» (Memorias, por Moore.) «Era casi incapaz, dice hablando de él su amigo Moore, de seguir un razonamiento regular, y tanto en esto como en muchas otras particularidades de su carácter, sus caprichos, sus accesos de llanto, sus manías y sus desencantos, podían observarse marcadas semejan-7as con la naturaleza instintiva y apasionada de las mujeres.n

Durante toda su vida fué el juguete de pasiones, de emociones incesantes. A los ocho años se enamoró apasionadamente de una niña, María Duff, y cuando supo, ocho años más tarde, su casamiento con otro, fué atacado de horribles convulsiones: «Estuve próximo á ahogarme... y ni entonces, ni muchos años después, tenía ciertamente idea alguna respecto á los sexos y, no obstante, mis penas, mi amor por ella, fueron tan violentos, que hasta dudo algunas veces si después he amado nunca verdaderamente...» «Su imagen encanta-

dora ha quedado grabada en mi pensamiento. Sus cabellos castaños, sus dulces y claros ojos pardos; hasta su traje. ¡Si ahora volviera á verla, sería el más desgraciado de los hombres!»

Desde su infancia tuvo en silencio accesos de cólera. A los doce años se enamoró de su prima, Margarita Parker (trece años), «Esta pasión, dice, tuvo para mi sus efectos ordinarios. No podía dormir, no comía, ne tenía reposo, y aunque hubiera podido creer que me amaba, el único empleo que hacía de mi vida era pensar en el tiempo que había de transcurrir antes que volviéramos á vernos. Comúnmente eran doce horas de separación. Estaba rematadamente loco, pero hoy no estoy mucho más cuerdo que entonces.»

La representación de Kean produjo sobre él un efecto tan violento, que viéndola ejecutar á sir Gilles Overeach, fué presa de una especie de ataque convulsivo (Moore). Más adelante escribía desde Italia a Moore: «Anoche asistí á la representación de la Mirra de Alfieri, y durante sus dos últimos actos, fuí presa de las más atroces convulsiones; no hablo de esos espasmos de señorita, sino de una agonía de lágrimas reprimidas, de dolorosos temblores de fiebre que no acostumbro á experimentar por las ficciones.»

Era excesivamente sensible á la música, y Moore le había visto muchas veces llenársele los ojos de lágrimas escuchando las melodías irlandesas, sobre todo la que empieza: «Cuando te vi joven y lleno de esperanza.»

Nunca escribió sino bajo la impresión de la cólera, de la rabia, del amor. Sin la desapiadada crítica con que acogieron sus primeras poesías (Horas de ocio), muy medianas verdaderamente, quizá no hubiera sido poeta. La lectura de un humillante artículo publicado con este motivo en la Revista de Edimburgo, produjo tan fuerte impresión en él, que un amigo le preguntó si acababa de recibir un cartel de desafío: tan amenazadora era la expresión de sus miradas. Bien pronto apareció la fogosa réplica titulada: Los bardos de Inglaterra.

Después de su divorcio, cuando llovían sobre él las injurias y las calumnias, fué cuando compuso Beppo, Parisina, el Sitio de Corinto, Don Juan. «Es raro, decía en una carta, pero la agitación y los combates de todas

clases dan nuevas fuerzas y elasticidad á mi espíritu y me reaniman por algún tiempo.»

A los nueve años, el poeta Alfieri se enamoró platópicamente de unos jóvenes novicios Carmelitas, que veia por lo general en cierta iglesia: "Desde que mi hermana salió de mi casa, á la edad de nueve años, noco más ó menos, no había visto otras caras jóvenes sino las de aquellos novicios, que podrían tener de catorce á quince años, los cuales asistían á las diversas ceremonias de la iglesia, vestidos con sus roquetes blancos. Sus jóvenes semblantes, de femenil aspecto, dejaron en mi corazón tierno y sin experiencia la misma impresión y el mismo deseo de verlos que la cara de mi hermana me había producido en otro tiempo. Este sentimiento, aunque distinto en apariencia, era sencillamente el amor. Reflexionando acerca de esto, muchos años después, me he convencido plenamente de esta verdad; por lo demás, entonces no tenía, respecto de lo que hacía ó sentía, idea alguna: obedecía puramente al instinto de la naturaleza. Llegó á ser tan fuerte mi inocente afición á estos novicios, que pensaba sin cesar en ellos y en sus diversas funciones. Tan pronto mi imaginación me los representaba teniendo en las manos sus cirios, ayudando la misa, con su angelical aspecto lleno de recogimiento, como quemando incienso al pie del altar. Absorbido enteramente por estas imágenes, descuidaba mis estudios por completo; toda ocupación, toda sociedad, me eran enojosas.»

Dante se enamoró á los nueve años; Canova á los cinco. Juan Jacobo Rousseau experimentó su primera pasión á las once. «Al ver tan sólo á Mlle. Goton, dice, no me era posible fijarme en otra cosa; todos mis sentidos quedaban trastornados... A su vista sentíame tembloroso, presa de una feroz agitación... Si me hubieran ordenado arrojarme al fuego, creo que le hubiera obedecido instantáneamente.»

Algunos años después, describía así sus primeros ataques de amor sexual sin objeto determinado que se lo inspirara: «Sentíame inquieto, distraído y pensativo; llorada, suspiraba, deseaba una dicha de la cual no tenía idea siquiera, y, sin embargo, sentía su falta... Es una plenitud de vida, dolorosa al par que llena de

delicias, que en la embriaguez del deseo nos da una idea anticipada de los placeres. Mi sangre enardecida poblaba incesantemente de mujeres mi cerebro.

Sin embargo, hasta los cuarenta y cinco años Juan Jacobo no experimentó su primera y única pasión amorosa. Hasta entonces había únicamente amado á la mujer en general; á partir de aquel momento su pasión va á individualizarse, á concretarse á una sola mujer; en esta ocasión Rousseau describe largamente las circunstancias que prepararon aquella metamorfosis. Vivía retirado en casa de Mad. D'Epinay, la ermita de Montmorency. Ocupábase, á su edad, de la sensibilidad de su corazón, que había carecido siempre de verdadero alimento. Temía morir sin haber vivido. Acariciaba estas sentimentales reflexiones en medio de la soledad, en un país encantador, á la apacible sombra de los árboles, en el mes de Junio, escuchando el trino de los ruiseñores y el murmurar del río.

Las graciosas imágenes de todas las mujeres que ocuparon su imaginación de joven aparecieron ante él. Bien pronto, dice, me ví rodeado de las personas que habían producido las más gratas emociones de mi juventud, Mlle. Galley, Mad. de Graffeuried, Mlle. de Breil, Mad. Basile, Mad. de Larnage, mis preciosas discipulas y hasta Julieta, á quien no es posible que mi corazón olvide. Vime rodeado de un serrallo de huríes, antiguas conocidas por las que el más refinado gusto no me habría causado un sentimiento nuevo. Mi sangre arde, mi cabeza siente vértigos, á pesar de mis canas; y he ahí al grave ciudadano de Ginebra, he ahí al austero Juan Jacobo, á los cuarenta y cinco años, convertido de golpe en pastor extravagante.»

III

Encuentrase en los místicos una organización moral análoga. San Agustín tuvo desde su juventud una impresionabilidad moral en extremo delicada, una imaginación ardiente é inclinaciones amorosas sumamente enérgicas. Pasó su vida entera persiguiendo primero el amor sexual, después la gloria, más tarde la verdad filosófica y finalmente el amor divino, cuando las ideas

de una vida futura, de una alma inmortal, que nunca había desconocido, adquirieron en él más fuerza, mayor poderío. A consecuencia de una alucinación, la pasión divina se apoderó definitivamente de él. Estando en su jardín meditando acerca de los pensamientos cristianos, que le ocupaban entonces costantemente, oyó de pronto resonar en sus oídos una voz dulce que le decía: «Toma y lee.» Cogió en seguida las epístolas de San Pablo, y abriéndolas al azar leyó: «No vivas en la disolución de los festines y la embriaguez, ni en los desórdenes y la impureza, etc.» A partir de este instante no vivió más que por un Dios ideal, que su imaginación embellecía sin cesar.

Pero los verdaderos místicos pertenecen ordinariamente al sexo femenino, el sexo religioso por excelencia. Las mujeres han fundado y sostenido el cristianismo. «El islamismo, religión natural, grave, liberal, á propósito para los hombres... tiene, sin embargo, seducciones bastantes para fascinar al sexo devoto.»

El perfecto modelo del misticismo, Santa Teresa, nació en la piadosa Castilla, bajo el pontificado de León X. Creció mientras Lutero desgarraba sus hábitos, en los bellos tiempos de la inquisición, cuando se' instituía la orden de los jesuítas. Sus padres eran extremadamente religiosos y leian á menudo á sus hijos, la madre, libros de caballería; el padre, de piedad. Avila, su villa natal, se halla situada en un país encantador, domina un río y vastas campiñas limitadas á lo lejos por una cordillera de montañas de un aspecto grandioso. Los principales ornatos de la villa los constituyen edificios sagrados y una imponente catedral.

En Santa Teresa el amor divino fué muy precoz. A los siete años trató de ir á recoger la palma del martirio entre los moros; después intentó levantar una ermita en el jardín de su padre. A los catorce, el amor mundano y la coquetería hicieron en ella presa, pero pronto fueron extinguidos con motivo de su entrada en un convento á título de pensionista. Después, no sin lucha, no sin esfuerzos poderosos, abrazó la vida religiosa. La vista de un ecce homo le causó una impresión tan viva que cayó arrodillada vertiendo un torrente de lágrimas.

Más adelante leyó las Confesiones de San Agustín; este tué el golpe decisivo. El terreno estaba preparado hacia mucho tiempo; la pasión creció de pronto hasta el delirio: «Se acabó, siento que mi corazón cede, está vencido. Creo que Dios ha hecho resonar aquella misma voz en el fondo de mi alma (se refiere á la alucinación de Agustín). De repente se me saltan las lágrimas inundándome largo rato, y en tanto que ellas se me escapan á torrentes, sucumbo interiormente á la ternura del arrepentimiento y á las angustias del más amargo do-

La mujer tiene casi siempre necesidad de emociones tiernas, necesidad de amar. Quitadles los hijos, el marido, la familia, el amante, y amarán á Cristo ó los santos, algunas veces á la Virgen y las santas. Tienen asimismo sed de impresiones sensitivas. A impulsos de estas imperiosas inclinaciones, se agrupaban las mujeres griegas alrededor de la tumba de Adonis. Allí, sus ojos se extasiaban contemplando las ostentosas pinturas, los brillantes adornos que matizaban los tapices, en tanto que su corazón adoraba y lloraba aquel bello Adonis, cuyas mejillas sombreaba apenas un vello adolescente; cuyo hermoso cuerpo reposaba tan graciosamente sobre un lecho de plata adornado de púrpura. ¡Qué dicha era comparable á la de embriagarse con los olorosos efluvios de los perfumes de Siria, de las aromáticas flores, de los jardines artificiales contenidos en canastillos de plata é ir en tropel á los primeros fulgores del alba á orillas del mar, y allí, sueltas al aire las cabelleras, desnudo el seno, entonar en coro un cántico sagrado!

Igual sensibilidad, igual fuego de imaginación se observa en todos los fundadores de religiones, acompañándose en ellos casi siempre de alucinaciones, hecho bastante raro en las pasiones puramente sociales. Esto es debido á que estando mucho menos relacionadas con las raíces del ser moral, las pasiones religiosas no pueden desarrollarse sino á favor de una imaginación excepcionalmente fuerte, capaz de prestar á las ideas imágenes el color y el relieve de la sensación. Esta observación es igualmente aplicable á las pasiones mís-

ticas.

Mahomet tuvo alucinaciones desde su infancia. Refiere que siendo todavía muy joven, fué derribado por dos ángeles vestidos de blanco, que le abrieron el pecho y le sacaron el corazón, á fin de lavarlo y purificarlo. Hacia los cuarenta años, después de haberse ocupado muchísimo en pensamientos religiosos, tuvo, como Santa Teresa y San Agustín, una alucinación que fué la que determinó el nacimiento de su pasión profética. Una noche, Khadidja, su esposa, encontrándole á faltar á su lado, envió criados en su busca. Al volver Mahomet, le dijo: «Estaba durmiendo y un ángel se me apareció en sueños. Llevaba en la mano un trozo de seda cubierto de caracteres escritos; me la presentó y me dijo: Lee .- ¿ Qué es lo que tengo que leer ?- Envolvióme con la seda y me repitió: Lee .- ¿ Qué es lo que tengo que leer?-Lee: En el nombre de Dios, creador de todas las cosas, que hizo al hombre de sangre coagulada; lee, por el nombre de tu Señor, tan generoso; él es quien ha enseñado la escritura. El es quien ha instruído al hombre en lo que no sabía.» Pronuncié estas palabras después del ángel, que se alejó luego. Desperté y salí para ir á la vertiente de la montaña. Allí oí una voz por encima de mi cabeza que me decía: «¡Oh Mahomet!, tú eres el enviado de Dios, y vo soy Gabriel.»

Cuanto Mahomet escribe afirma siempre que lo vió, y la vida, el vigor de sus figuras y de sus expresiones, nos persuaden de ello sin grán trabajo ¡Sus delirios son, por otra parte, una imagen tan fiel de su natura-leza! Con relación á su raza y á su época, Mahomet era un hombre dulce, sensible. Jamás ninguno de sus contemporáneos hubiera pronunciado la siguiente frase:

«El paraíso está á los pies de las madres.»

Tanto como de sensible, tenía, según dicen sus biógrafos, de eminentemente sensual; siendo la mejor pruebra de ello su paraíso, en el que tan bien pinta sus deseos dominantes, realizados por la imaginación. El paraíso del Koran, se adapta maravillosamente á los instintos y costumbres de la raza árabe y al clima de la Arabia. En este lugar de delicias hay preciosos jardines bañados por limpidos arroyos, tan deseados por los pueblos á quienes abrasa sin cesar un sol ardiente; allí, sentados los creyentes en mullidos cojines cubiertos de

seda verde, la más bella á los ojos de los árabes, bajo frescas umbrias, servidos por mancebos de encantadora belleza (¡oh Sodoma!), beberán los brebajes más deliciosos. Corren asimismo por el Edén ríos de miel y de leche. Allí tendrán los verdaderos creyentes por esposas mujeres de embriagadora hermosura, perpetuamente vírgenes, de negros ojos y abultado seno; mucho más preciosas que las de este mundo, á las que, na obstante, Mahomet concede también un lugar en el paraiso de los verdaderos creventes.

Martín Lutero tuvo durante su vida un pie en la razón y otro en la locura; desde su juventud se hizo notar por su pasión por la música, su vivísimo gusto por la literatura y una impresionabilidad moral sumamente delicada. Su primera misa la celebró poseído de una angustia indecible. «Estaba medio muerto, puesto que carecía completamente de fe; veía tan sólo que era muy digno.» La vista de Italia, de los Borgia y de Julio II con su paganismo, que persiste en todas las épocas de la historia cambiando tan sólo de forma, le sublevaron. La venta de indulgencias en Alemania, las escandalosas predicaciones del fraile Tetzel, que vendía las in-

dulgencias al mejor postor, diciendo que con ellas hasta se redimía la violación de la Santísima Virgen, lle-

varon al colmo la indignación de Lutero. A partir de este instante, la idea de una reforma religiosa se convirtió para él en una idea fija; la mezclaba en todo, hasta el punto de comparar en una cacería los perros y los cazadores con el papa y los diablos cazando las almas salvadas «los inocentes animalejos» Creyó durante toda su vida en Satán, esta idea le perseguia por doquier. En su juventud, estando oyendo un sermón que versaba acerca de la posesión demoníaca, cayó al suelo gritando: non sum, non sum. En la misma época, la vista de un Santo Sacramento le espantaba de tal suerte, que su cuerpo quedaba nadando en sudor

y se creía morir de miedo. Lutero fué extremadamente violento. «En la cólera, dice, mi temperamento se fortalece, mi espíritu se aguza, todas mis tentaciones, todos mis enojos se disipan. Nunca escribo ó hablo tan bien como cuando estoy encolerizado.» En el castillo de Wartbourg, su Pathmos, oía durante la noche ruidos extraños que le aterraban. Muy á menudo sostenía coloquios con el diablo. «Cuando me despierto, durante la noche, bien pronto acude el diablo; disputa conmigo y me sugiere extraños pensamientos, hasta que me animo y le digo: Bésame el

c..., Dios no está irritado como tú supones.»

Impresionabilidad moral vivísima, imaginación fuerte, razonamiento relativamente débil; he ahí las condiciones más á propósito para el desarrollo de las pasiones cerebrales de orden moral ó social, sea su objeto el que se quiera. Si las facultades intelectuales son, al mismo tiempo, poderosas y la razón fuerte, la pasión dominante reviste un carácter intelectual. Por ejemplo: Proudhon apasionándose por la justicia y anatematizando con su palabra vengadora las iniquidades de su

Citaremos, por último, un ejemplo de pasiones pa-

trióticas.

IV

El asesino de Kotzebue, Karl Sand, recibió una educación en alto grado religiosa que en él fructificó admirablemente.

Mezclaba la idea de Dios á todos sus actos. Las obras literarias en que encontraba esta idea ó la del diablo le impresionaban fuertemente. He aquí las reflexiones que le sugirió la lectura del Faust: «¡Espantosa lucha la del homre y el demonio! Lo que Mefistófeles puede sobre mi, lo comprendo en este instante y lo comprendo, ¡Dios mío!, con espanto. A las once he terminado la lectura de esta tragedia y he visto y he sentido el demonio en mí, de tal suerte, que he acabado en medio de mi llanto y desesperación por tener miedo de mí mismo.»

Muy á menudo se apoderaba de él una extraña melancolía, sentía singularmente deseos de morir. «Era, dice, la nostalgia del alma.»

Era devoto hasta el extremo de rogar á Dios con fer-

vor por la curación de su caballo.

Fuertemente impresionado por las últimas campañas de Napoleón en Alemania, participó, tanto como el que más, del entusiasmo de la juventud alemana; se alistó,

hizo su campaña y llegó hasta Auxerre, sin tener, lo que consideraba una dicha, ocasión de combatir, de matar franceses (Hohnhorst, p. 10); luego se afilió ardorosamente á la sociedad patriótica de la Burschenshaft. Los artículos que Kotzebue publicó en favor de los principes alemanes, contra estas asociaciones, le indignaron.

Sin embargo, la impresión inicial que dió origen á su pasión, no data sino del 24 de Noviembre de 1817, y parece que en un principio fué bastante moderada. He aquí lo que dice él mismo en su diario: «Hoy, después de haber trabajado cuidadosa y asiduamente (se preparaba para sacerdote), á las cuatro de la tarde he salido con E... Al atravesar la plaza del mercado (de Jena) hemos oído el nuevo y venenoso insulto de Kotzebue; Cuánta rabia abriga este hombre contra los Burschen y contra todos los que aman á Alemania!» Diez y seis meses más tarde le daba de puñaladas.

Sand tuvo también sus alucinaciones. He aquí lo que más tarde escribía en su prisión: «Paso mi silenciosa vida en la humildad y exaltación cristianas y he tenido algunas veces visiones sobrenaturales, por las cuales he adorado desde mi nacimiento el cielo y la tierra y me han prestado el poder necesario para elevarme hasta el Señor en las ardientes alas de la plegaria.»

V

De los hechos que preceden y otros muchos que los reducidos límites de esta obra nos impiden detallar, pueden deducirse algunas consideraciones generales acerca la invasión de las pasiones

Esta tiene lugar de dos maneras: lenta, gradualmente, por cristalización insensible (esta frase es de Stendhal), sin que se dé cuenta el mismo que la experimenta; ó brusca, impetuosamente, fulminantemente (todavía

Stendhal).

El primer modo, quizá el más frecuente, no es sino un resulaado de la costumbre, formando poco á poco la educación de la impresionabilidad. Se entiende por costumbre la tendencia de los órganos á reproducir fácil, mecánicamente, casi independientemente de la concien-

cia, un acto ó una serie de actos que han ejecutado muchísimas veces. No siendo el acto en sí más que una modificación del órgano, deja comúnmente vestigios que se arraigan tanto más, cuanto mayor número de veces aquel se repite. Al-llamar á los instintos costumbres hereditarias, Darwin ha enunciado una verdad muy fecunda en consecuencias.

Esperando que la fisiología del porvenir nos describa exactamente estas modificaciones, la descripción teórica que debemos á Gratiolet puede darnos una idea aproximada de ellas. Partiendo de la suposición, sumamente probable, de que las células nerviosas son los únicos verdaderos centros de acción y reación del sistema nervioso, empieza por demostrar anatómicamente que las células no existen aisladas, sino que comunican entre sí por medio de prolongaciones visibles; lo que explica la unidad cerebral y permite estudiar una célula aislada. Esto sentado, examina lo que debe suceder siempre que una primera impresión hace vibrar una célula virgen. A esta vibración dinámica sucede el restablecimiento del equilibrio, pero la célula guarda vestigios de la impresión percibida y la segunda impresión no llegaría, ni con mucho, á ser lo que es, si no hubiera habido la impresión anterior.

A cada impresión el equilibrio queda nuevamente destruído; después tiende otra vez á restablecerse. «La observación, dice Gratiolet, demuestra que esta tendencia se manifiesta por continuas oscilaciones en razón de las cuales la serie entera de las modificaciones experimentadas anteriormente es recorrida en dos sentidos alternativamente opuestos. Por ejemplo, toda modificación del sér sensible, es decir. toda excitación que suponga la reacción carrelativa, da por resultado una tendencia necesaria á reproducir actos anteriores. A este fenómeno automático se le da esencialmente el nombre de costumbre, pero cuando se refiere al espíritu y se traduce por ideas correlativas, recibe el nombre de memoria.»

Cuando el espiritualista Gratiolet no vacila en materializar la memoria, podemos, sin temor de ser lapidados, hacer lo mismo con la impresionabilidad y los deseos; hechos psíquicos que los filósofos tienen por 124

costumbre relegar con cierto desprecio á las profundidades del alma vegetativa. Podemos, pues, suponer que cada impresión de pena ó de placer corresponde á modificaciones celulares especiales. Cuanto más á menudo hayan tenido lugar estas modificaciones, tanto mayor es su tendencia á reproducirse, y al llegar ésta á cierto grado, se traduce psíquicamente por el deseo, más ó

menos apasionado.

Esta especie de memoria de los órganos, de la que resulta una impulsión automática que nos lleva á ejecutar fácilmente, inconscientemente, actos realizados ya cierto número de veces, da razón de las costumbres é ilustra acerca del origen de las pasiones y de las monomanías. Podemos, además, formular la ley siguiente:

Cualquier acto que no produzca una impresión desagradable, y siempre desagradable, si se reitera muchas veces, acaba por crear una costumbre, una necesidad, á cuya satisfación va enlazada una impresión de placer más ó menos vivo.

Así es como ha tenido lugar la represión de muchísimas pasiones. Hemos visto á Santa Teresa resistir á las imperiosas solicitudes de sus instintos que la arrastraban al amor carnal y entregarse al claustro, á la plegaria, á las meditaciones religiosas. Ella misma dice experimentar al principio un profundo disgusto, una aridez desesperante; después, poco á poco, se forma la costumbre y engendra el atractivo, el placer, la idea fija. La imaginación acaba por crear el fantasma divino. Desde entonces ya no más disgusto, no más lucha; el pensamiento se siente atraído por una irresistible corriente hacia la idea de Dios; un placer siempre mayor la embarga por completo y acaba por abismarla en la

embriaguez del éxtasis.

Algunas veces, aunque muy raras, la pasión nace de un modo enteramente distinto. De pronto, instantáneamente, llega á la virilidad. Sucede algo análogo á lo que contaban los griegos acerca el origen de los Pelasgos autóctonos, á los que pintaban salidos del centro de la tierra con la cabeza cubierta ya con el casco y la lanza en la mano. Es el modo fulminante de Stendhal. En este caso la primera impresión es tan fuerte, que logra en un solo instante lo que la costumbre no puede reali-

var sino al cabo de semanas y meses enteros. Aquí ya no es Santa Teresa á la que debemos tomar como ejemplo, es al fogoso San Pablo, es á la señorita de Lespinasse, perdidamente enamorada de M. Mora, la que, en los precisos momentos en que el amante á quien tanto adoraba estaba muriéndose, se prendaba de M. de Guibert á primera vista, con una pasión tan frenética de que se avergonzará toda su vida, que ocultará cuidadosamente á sus más íntimos amigos y de la cual no curará sino con la muerte.